

LIDERAZGO DE PEDRO

EN VIRTUD DE LA AUTORIDAD QUE LE DIO EL SEÑOR

Jesús revela su gloria a Pedro, Santiago y Juan

«Seis Días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos, y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversaban con Jesús. Toma la palabra Pedro y dice a Jesús: “Rabbi, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”;
— *6pues no sabía qué responder ya que estaban atemorizados»* Marcos 9,2 - 8

Agonía de Jesús, quien se dirige a Pedro

«Van a una propiedad, cuyo nombre, es Getsemaní, y dice a sus discípulos: “Sentaos aquí, mientras yo hago oración.” Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: “Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad.” Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: “¡Abbá, Padre!, todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. Viene entonces y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: “Simón, ¿duermes?, ¿ni una hora has podido velar? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.”» Marcos 14,32 – 38

El es el principal testigo de la Resurrección

«Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más rápidamente que Pedro y llegó antes. Asomándose al sepulcro, vio las vendas en el suelo, aunque no entró. Después llegó Simón Pedro, que lo seguía, y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y también el sudario que había cubierto su cabeza; éste no estaba con las vendas, sino enrollado en un lugar aparte.»
Juan 20, 3-10

«Se apareció a Pedro y después a los Doce.» 1 Corintios 15,5

PEDRO PRESIDE LOS PRINCIPALES EVENTOS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Elección de Matías

«Uno de esos días, Pedro se puso de pie en medio de los hermanos – los que estaban reunidos eran alrededor de ciento veinte personas – y dijo: “Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, habla de Judas, que fue el jefe de los que apresaron a Jesús. Él era uno de los nuestros y había recibido su parte en nuestro ministerio.”» Hechos 1,15-26

Discurso de Pentecostés — Jesús es proclamado por primera vez

«Entonces, Pedro poniéndose de pie con los Once, levantó la voz y dijo: “Hombres de Judea y todos los que habitan en Jerusalén, presten atención, porque voy a explicarles lo que ha sucedido.”» Hechos 2,14-41

Primer Milagro

«En una ocasión, Pedro y Juan subían al Templo para la oración de la tarde. Allí encontraron a un paralítico de nacimiento, que ponían diariamente junto a la puerta del Templo llamada “la Hermosa”, para pedir limosna a los que entraban. Cuando él vio a Pedro y a Juan entrar en el Templo, les pidió una limosna. Entonces Pedro, fijando la mirada en él, lo mismo que Juan, le dijo: «Míranos». El hombre los miró fijamente esperando que le dieran algo. Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y camina». Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó; de inmediato, se le fortalecieron los pies y los tobillos. Dando un salto, se puso de pie y comenzó a caminar; y entró con ellos en el Templo, caminando, saltando y glorificando a Dios.» Hechos 3

Defensa del Evangelio ante las autoridades

«Pedro, lleno del Espíritu Santo, dijo: “Jefes del pueblo y ancianos...”» Hechos 4, 8
«Pedro, junto con los Apóstoles, respondió: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.”»

Hechos 5,29

El caso de Ananías y su mujer Safira

Un hombre llamado Ananías, junto con su mujer, Safira, vendió una propiedad, y de acuerdo con ella, se guardó parte del dinero y puso el resto a disposición de los Apóstoles. Pedro le dijo: “Ananías, ¿por qué dejaste que Satanás se apoderara de ti hasta el punto de engañar al Espíritu Santo, guardándote una parte del dinero del campo? ¿Acaso no eras dueño de quedarte con él? Y después de venderlo, ¿no podías guardarte el dinero? ¿Cómo se te ocurrió hacer esto? No mentiste a los hombres sino a Dios”. Al oír estas palabras, Ananías cayó muerto. Un gran temor se apoderó de todos

los que se enteraron de lo sucedido. Vinieron unos jóvenes, envolvieron su cuerpo y lo llevaron a enterrar.» Hechos 5,1-11

Recibe oficialmente a los gentiles

«¿Acaso se puede negar el agua del bautismo a los que recibieron el Espíritu Santo como nosotros?». Hechos 10,47

«Al cabo de una prolongada discusión, Pedro se levantó y dijo: “Hermanos, ustedes saben que Dios, desde los primeros días, me eligió entre todos ustedes para anunciar a los paganos la Palabra del Evangelio, a fin de que ellos abracen la fe.”» Hechos 15,7

Dirige el Primer Concilio en Jerusalén

«Al cabo de una prolongada discusión, Pedro se levantó y dijo: “Hermanos, ustedes saben que Dios, desde los primeros días, me eligió entre todos ustedes para anunciar a los paganos la Palabra del Evangelio, a fin de que ellos abracen la fe. Y Dios, que conoce los corazones, dio testimonio en favor de ellos, enviándoles el Espíritu Santo, lo mismo que a nosotros.”» Hechos 15,7-12

PRIMACÍA PAPAL

El Señor hizo de Pedro y solamente de él, la piedra de Su Iglesia. Le entregó las llaves de ella (Mt 16, 18-19); lo instituyó pastor de todo el rebaño. (Jn 21, 15-17). Está claro que también el Colegio de los apóstoles, unido a su Cabeza, recibió la función de atar y desatar dada a Pedro. Este oficio pastoral de Pedro y de los demás apóstoles pertenece a los cimientos de la Iglesia. Se continúa por los obispos bajo el primado del Papa. (Cf. CIC 874-896)

– El otorgamiento definitivo del Primado a Pedro tras la resurrección está ligado a la pregunta tres

veces repetida por el Señor: «*Simón de Juan, ¿me amas más que estos?*» (Jn 21,15ss).

–Apacentar el rebaño y amar al Señor son la misma cosa. Es el amor de Cristo, que guía a las ovejas por el sendero recto y construye la Iglesia.

.– “*Simón, Simón... yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca*” (Lc 22,32). El Señor ve que Satanás busca “*cribaros como el trigo*” (Lc 22,31).

–Se trata de una prueba que concierne a todos los discípulos, pero Cristo ora de manera especial “*por ti*”, por la fe de Pedro, y sobre esta oración está basada la misión “*confirma a tus*

hermanos”, añadió en su explicación del ministerio Petrino.

.- De ahí que la fe de Pedro no venga de sus propias fuerzas, sino que la indefectibilidad de la fe de Pedro está basada en la oración de Jesús, el Hijo de Dios: *“He rogado por ti, para que tu fe no desfallezca”*.

.- Esta oración de Jesús es el fundamento seguro de la función de Pedro por todos los siglos.

.- En un tiempo en que vemos como Satanás “criba como el trigo” a los discípulos de Cristo, la fe imperturbable de los Papas ha sido visiblemente la roca sobre la cual se asienta la Iglesia. El Papa no es un soberano absoluto, cuyo pensamiento y voluntad son ley. Por el contrario, el ministerio del Papa es garantía de la obediencia a Cristo y a su Palabra. Benedicto XVI, -7 mayo, 2005

Nuestra adhesión y amor al Papa refleja adhesión y amor a Jesucristo quien construyó su Iglesia sobre Pedro, la roca. Por eso, unidos al Papa y a los Obispos en comunión con él, permanecemos unidos a Cristo. Es en verdad un santo padre que irradia fe y guía las conciencias en Cristo. Deseamos que todos conozcan este designio divino para que seamos uno en la verdad y el amor.

CIC 882. El Papa, obispo de Roma y sucesor de san Pedro, “es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles”. “El Pontífice Romano, en efecto, tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera libertad”. (LG 22; cf CD 2; 9).

CIC 883. “El Colegio o cuerpo episcopal no tiene ninguna autoridad si no se le considera junto con el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, como Cabeza del mismo”. Como tal, este colegio es “también sujeto de la potestad suprema y plena sobre toda la Iglesia” que “no se puede ejercer...a no ser con el consentimiento del Romano Pontífice” (LG 22; cf. CIC, can. 336). **CIC 891.** “El Romano Pontífice, Cabeza del Colegio episcopal, goza de esta infalibilidad en virtud de su ministerio cuando, como Pastor y Maestro supremo de todos los fieles que confirma en la fe a sus hermanos, proclama por un acto definitivo la doctrina en cuestiones de fe y moral... La infalibilidad prometida a la Iglesia reside también en el Cuerpo episcopal cuando ejerce el magisterio supremo con el sucesor de Pedro”, sobre todo en un Concilio ecuménico (LG 25; cf. Vaticano I: DS 3074). Cuando la Iglesia propone por medio de su Magisterio supremo que algo se debe aceptar “como revelado por Dios para ser creído” (DV 10) y como enseñanza de Cristo, “hay que aceptar sus definiciones con la obediencia de la fe” (LG 25). Esta infalibilidad abarca todo el depósito de la Revelación divina (cf. LG 25).

SUCESIÓN

Mateo 16, 19. Jesús promete dar las llaves. ¿Qué llaves? El profeta Isaías nos da la respuesta en Is 22, 22. Las llaves indican sucesión cuando se habla del hecho relatado en Isaías. David había muerto siglos antes, sin embargo las llaves que simbolizan el Poder de Administrar siguieron transmitiéndose por generaciones. Jesús es heredero del Reino de David (cf. Lc I. 32-33) y El transfiere el poder de administrar la Iglesia –Su Reino– a Pedro y a los sucesores de éste. La Iglesia Católica es la única que reclama sucesión apostólica, es decir que puede seguir una línea desde la primera Comunidad reunida en el Cenáculo de Jerusalén hasta el día de hoy. Desde Pedro hasta Benedicto XVI ha habido 265 obispos de Roma:

1. San Pedro +67
2. San Lino 67-79
3. San Anacleto 79-90
4. San Clemente 90-99
5. San Evaristo 99-107
6. San Alejandro 107-115
7. San Sixto I, 115-125
8. San Telésforo 125-136
9. San Higinio 136-140
10. San Pío I, 140-155 Y así sucesivamente hasta 255. Pío IX, 1846-1878 256. León XII, 1878-1903 257. Pío X, 1903-1914 258. Benedicto XV, 1914-1922 259. Pío XI, 1922-1939 260. Pío XII, 1939-1958 261. Juan XXIII, 1958-1963 262. Pablo VI, 1963-1978 263. Juan Pablo I, 1978 264. Juan Pablo II, 1978-2005 265. Benedicto XVI, 2005

Es lógico que si Nuestro Señor Jesucristo eligió a Pedro para ser el pastor visible de su rebaño (Jn 21, 15-17). Alguien tenía que continuar con su misión, pues el Evangelio tiene que ser predicado por todo el mundo (Mc 16,15) hasta al final de los tiempos (Mt 28, 18-20). Por este motivo, al morir el primer Papa (Pedro) hubo un sucesor que fue Lino y así sucesivamente hasta llegar al actual Papa: Benedicto XVI.

Mateo 16:18-19, Jesucristo eligió al hombre que dirigiría Su Iglesia en la tierra cambiando su nombre de Simón a Pedro, el cual significa ‘piedra o roca’. El dió a Pedro y sus descendientes las llaves del Reino del Cielo, y el poder de atar y desatar los pecados. Hay una línea inquebrantable de líderes de la Iglesia, los primeros “Obispos de Roma”, después los ‘Papas’, yendo hacia atrás desde el Papa Benedicto XVI, el Papa actual, hasta San Pedro.

Los obispos, sucesores de los apóstoles

CIC 861. “Para que continuase después de su muerte la misión a ellos confiada, encargaron mediante una especie de testamento a sus colaboradores más inmediatos que terminaran y consolidaran la obra que ellos empezaron. Les encomendaron que

cuidaran de todo el rebaño en el que el Espíritu Santo les había puesto para ser los pastores de la Iglesia de Dios. Nombraron, por tanto, de esta manera a algunos varones y luego dispusieron que, después de su muerte, otros hombres probados les sucedieran en el ministerio” (LG 20; cf San Clemente Romano, Cor. 42; 44):

“Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual.” Cor. 42; 44 **CIC 862**. “Así como permanece el ministerio confiado personalmente por el Señor a Pedro, ministerio que debía ser transmitido a sus sucesores, de la misma manera permanece el ministerio de los apóstoles de apacentar la Iglesia, que debe ser elegido para siempre por el orden sagrado de los obispos”. Por eso, la Iglesia enseña que “por institución divina los obispos han sucedido a los apóstoles como pastores de la Iglesia. El que los escucha, escucha a Cristo; el que, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió” (LG 20). **CIC 1087**. Así, Cristo resucitado, dando el Espíritu Santo a los Apóstoles, les confía su poder de santificación (cf Jn 20,21-23); se convierten en signos sacramentales de Cristo. Por el poder del mismo Espíritu Santo confían este poder a sus sucesores. Esta “sucesión apostólica” estructura toda la vida litúrgica de la Iglesia. Ella misma es sacramental, transmitida por el sacramento del Orden.

Jesús les dijo otra vez: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.” Dicho esto, sopló y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.” Jn 20,21-23 **CIC 875**. “¿Cómo creerán en aquél a quien no han oído? ¿cómo oirán sin que se les predique? y ¿cómo predicarán si no son enviados?” (Rm 10, 14-15). Nadie, ningún individuo ni ninguna comunidad, puede anunciarse a sí mismo el Evangelio. “La fe viene de la predicación” (Rm 10, 17). Nadie se puede dar a sí mismo el mandato ni la misión de anunciar el Evangelio. El enviado del Señor habla y obra no con autoridad propia, sino en virtud de la autoridad de Cristo; no como miembro de la comunidad, sino hablando a ella en nombre de Cristo. Nadie puede conferirse a sí mismo la gracia, ella debe ser dada y ofrecida. Eso supone ministros de la gracia, autorizados y habilitados por parte de Cristo. De El los obispos y los presbíteros reciben la misión y la facultad (el “poder sagrado”) de actuar “in persona Christi Capitis”. Este ministerio, en el cual los enviados de Cristo hacen y dan, por don de Dios, lo que ellos, por sí mismos, no pueden hacer ni dar, la tradición de la Iglesia lo llama “sacramento”. El ministerio de la Iglesia se confiere por medio de un sacramento específico.

III. TRADICIÓN, SAGRADAS ESCRITURAS Y EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Una diferencia importante entre la Iglesia Católica y el protestantismo es la manera en que ven la revelación divina. Para la mayoría de las iglesias protestantes, la única

fuente verdadera de la revelación divina es la Biblia y su interpretación se deja a la conciencia de cada creyente. Para la Iglesia Católica, sin embargo, la revelación de Dios se encuentra en la Sagrada Tradición, entendida como la palabra revelada de Dios transmitida por la autoridad doctrinal viva establecida por Cristo en la Iglesia. Esto incluye tanto la tradición escrita (Sagrada Escritura) como la tradición no escrita recibida de Cristo y transmitida oralmente por los apóstoles y sus sucesores. La Iglesia fundada por Cristo sobre Pedro, y sólo la Iglesia, ha sido facultada por Cristo para interpretar Su enseñanza con autoridad en Su nombre (Cf. CIC 74-141).

¿Que es la Sagrada Tradición?

La palabra “tradición” proviene de la palabra latina tradere – entregar, transmitir. En este caso se refiere a la “transmisión” de la palabra revelada de Dios desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días. Si hemos de tomar la palabra “tradición” en el sentido amplio, podríamos decir que la Iglesia Católica deriva sus doctrinas solo de la tradición, entendiendo que la verdad revelada (escrita y no escrita) fue entregada por los apóstoles. San Pablo entendió así cuando escribió a los Tesalonicenses: *“Así pues, hermanos, manténganse firmes y conserven las tradiciones que han aprendido de nosotros, de viva voz o por carta”* (2 Tes 2,15).

Aunque una gran parte de esa tradición fue escrita y se encuentra en los libros de la Sagrada Escritura, la Iglesia Católica considera a la Tradición y la Biblia, no como dos fuentes diferentes de revelación, sino como dos medios diferentes de transmisión de la revelación de Dios que forman un único depósito de la fe. La Biblia, entonces, es una parte de la tradición, junto con las instrucciones escritas recibidas de Cristo y transmitidas por los apóstoles y sus sucesores.

Algunos autores se refieren a las doctrinas reveladas (escritas y no escritas) dictadas por los apóstoles y sus sucesores como el aspecto pasivo de la Tradición y, como aspecto pasivo, la autoridad doctrinal viva (el Magisterio) establecido por Cristo para asegurar que Su enseñanza sería transmitida exitosamente a las siguientes generaciones en su integridad y sin error. a tener éxito las edades en su integridad y sin errores.

CIC 80. Una fuente común...

La Tradición y la Sagrada Escritura “están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin” (DV 9). Una y otra hacen presente y fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo que ha prometido estar con los suyos “para siempre hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). **CIC 81.** Dos modos distintos de transmisión

“La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo”.

“La Tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores; para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación”

Para comprender la enseñanza de la Iglesia Católica en lo que respecta a la Sagrada Tradición, debemos tener en cuenta lo siguiente:

- a) la revelación pública cesó con Cristo y los apóstoles y evangelistas que registraron sus enseñanzas;
- b) Cristo encargó a Sus apóstoles a predicar;
- c) Cristo estableció una autoridad de enseñanza viva para salvaguardar la integridad del mensaje evangélico y aplicarla con autoridad divina para los siglos venideros;
- d) El desarrollo del mensaje del Evangelio no es una nueva doctrina.

Nuestro Señor no sólo encargó a los Apóstoles ir a predicar a todo el mundo el mensaje de salvación que les había dado, sino que además Él les confirió la autoridad de “atar y desatar” en su nombre, para que *“lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”* (Mt 16,19). Asimismo les aseguró: *“Quien a ustedes escucha, a mi me escucha; y quien a ustedes rechaza, a mi me rechaza; y quien me rechaza a mi, rechaza al que me ha enviado”* (Lc 10,16).

Inmediatamente después de enviar a Sus apóstoles a predicar el evangelio a todas las naciones, nuestro Salvador afirmó: *“He aquí yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28,20). Con estas palabras Aseguró a los apóstoles que Él estaría con ellos (a través del Espíritu Santo que Él enviaría) para que pudieran transmitir Su doctrina sin errores hasta el final de los tiempos. Pero puesto que los apóstoles no iban a vivir tanto tiempo, la promesa de Cristo es válida para sus sucesores, los responsables de la Iglesia en los siglos venideros. Así, hasta el final de los tiempos, los sucesores de los apóstoles compartirán la autoridad doctrinal conferida por Cristo a los apóstoles, y la guía del Espíritu Santo que El prometió.

CIC 84. El depósito de la fe confiado a la totalidad de la Iglesia

“El depósito sagrado” (cf. 1 Tm 6,20; 2 Tm 1,12-14) de la fe (*depositum fidei*), contenido en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura fue confiado por los apóstoles al conjunto de la Iglesia. “Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica y en la unión, en la eucaristía y la oración, y así se realiza una maravillosa concordia de pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida” (DV 10). **CIC 171.** La Iglesia, que es “columna y fundamento de la verdad” (1 Tim 3,15), guarda fielmente “la fe transmitida a los santos de una vez para siempre” (Judas 3). Ella es la que guarda la memoria de las Palabras de Cristo, la que transmite de generación en generación la confesión de fe de los Apóstoles. Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de la fe.

San Pedro, hablando de las epístolas paulinas, dice: *“en ellas hay cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente – como también las demás Escrituras – para su propia perdición”* (2P 3,16).

La Palabra de Dios –enseña el mismo Apóstol– no puede caer en manos de la interpretación individualista: *“ante todo tened presente que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han*

hablado de parte de Dios". (2P 1, 20-21).

CIC 85. El Magisterio de la Iglesia

"El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escritura, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo" (DV 10), es decir, a los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma. **CIC 86.** El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído (DV 10).

Y esto dicen las Escrituras:

"El primer libro lo dediqué, Teófilo a todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue levantado a lo alto." Hechos 1,1-2

"Os hago saber, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué... Si no, ¡habrías creído en vano! Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las escrituras." Hechos 15,1-4

"Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo." Hechos 20:28

"Ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia" (2 Pedro 1,2°).

La Iglesia, como madre y maestra, es la auténtica intérprete y formadora a través de sus pastores.

Lee la Biblia: Hechos 2, 42; Timoteo 4, 1-5

IV. LA SAGRADA ESCRITURA

¿Qué es la Sagrada Escritura?

El conjunto de Escritos sagrados inspirados en la Antigua Alianza y en la Nueva Alianza de Dios con los hombres es la Biblia o Sagrada Escritura.

Entre los libros sagrados de la humanidad, la Biblia se distingue por el sentido de los acontecimientos históricos que relata: a través de esos acontecimientos que han marcado la historia de Israel (Antigua Alianza, o en el lenguaje cristiano "Antiguo Testamento") descubrimos que no es el hombre quien busca a Dios, sino que Dios mismo busca al

hombre y hace su alianza con él.

Cómo se formó la Biblia cristiana?

En los primeros siglos después de Jesucristo, la Iglesia reunió ciertos escritos que juzga sagrados e inspirados, distinguiéndolos de otros que considera apócrifos. A finales del siglo III, varios Concilios agregan un conjunto de 27 Libros a las Sagradas Escrituras de Israel, conformando así la Biblia cristiana tal como nosotros la conocemos hoy día.

Pero la Iglesia que ha reunido, canonizado, conservado y difundido la palabra de Dios en el mundo entero, a lo largo de los siglos, es también indispensable para discernir la belleza; la fuerza y el sentido profundo de las Sagradas Escrituras.

En los Hechos de los Apóstoles encontramos una conversación entre Felipe y un eunuco, donde Felipe lo invita a buscar esa ayuda:

«Un etíope que había ido en peregrinación a Jerusalén, al regresar leía sentado en su carro al profeta Isaías. Felipe lo escuchó y le preguntó: “¿Comprendes, pues, lo que lees?” “Y cómo podría comprender, le respondió, si no tengo a nadie que me guíe?”» (Hch 8,27s)

Si nadie nos guía, ¿cómo podríamos comprender las Escrituras? Como los discípulos de Emaús, nosotros también necesitamos –para que nuestros ojos se abran al misterio de Cristo que ocupa el centro de las Sagradas Escrituras– de la enseñanza de la Iglesia, de su liturgia, de los Padres, de los Doctores y de los Santos que han escrutado la Palabra de Dios para discernir con la ayuda del Espíritu Santo la belleza, la fuerza y el sentido auténtico de la Biblia.

CIC 105. Dios es el autor de la Sagrada Escritura. “Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo”.

“La santa Madre Iglesia, fiel a la base de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia” (DV 11). **CIC 106.** Dios ha inspirado a los autores humanos de los libros sagrados. “En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería” (DV 11). **CIC 107.** Los libros inspirados enseñan la verdad. “Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra” (DV 11). **CIC 108.** Sin embargo, la fe cristiana no es una “religión del Libro”. El cristianismo es la religión de la “Palabra” de Dios, “no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo” (S. Bernardo, hom. miss. 4,11). Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas (cf. Lc 24,45).

CIC 138. La Iglesia recibe y venera como inspirados los cuarenta y seis libros del

Antiguo Testamento
y los veintisiete del Nuevo.

CIC 139. Los cuatro evangelios ocupan un lugar central, pues su centro es Cristo Jesús.

CIC 140. La unidad de los dos Testamentos se deriva de la unidad del plan de Dios y de su Revelación.

El Antiguo Testamento prepara el Nuevo mientras que éste da cumplimiento al Antiguo; los dos se esclarecen mutuamente; los dos son verdadera Palabra de Dios.

Y la Biblia nos dice al respecto: *“Ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia”* (2 Pedro 1,2).

La Iglesia, como madre y maestra, es la auténtica intérprete y formadora a través de sus pastores. Lee la Biblia: Hechos 2, 42; Timoteo 4, 15 Hechos 8,27-40. 2 Pedro 1.20-21. La Iglesia discierne las Sagradas Escrituras, movida por el Espíritu Santo. Hechos 2,41,47, Hechos 5,14, Hechos 6,7, Hechos 9,31 la nueva Iglesia crece y se expande. (Cf. CIC 74-141).

V. LOS SACRAMENTOS

Los sacramentos son signos visibles que celebra la Iglesia, y en los que se contiene y recibe la gracia de Dios. Por “gracia de Dios”, entendemos la experiencia de salvación que continuamente podemos tener los cristianos, gracias a la obra salvadora de Jesucristo. Podríamos decir que los sacramentos expresan la cercanía y el amor de Dios de una manera real, no tanto simbólica, aunque se valga para ello de signos y símbolos visibles (el agua, el pan y el vino, los óleos, la imposición de manos, etc.).

Al hablar de sacramentos, tendremos que explicar que sólo existe un Sacramento: Jesucristo, en el sentido de que sólo Él contiene y es presencia de Dios en el mundo. Podríamos decir que es el “Gran Sacramento de Dios” para los hombres. A partir de Él, descubrimos su prolongación en el mundo mediante la Iglesia, signo de la presencia de Jesús, por lo que también decimos de ella que es sacramento para los hombres, a modo como lo es Jesucristo: el amor que Dios Padre nos ha mostrado en Cristo, continúa presente en nuestra vida gracias a la acción de la comunidad cristiana, de la Iglesia.

Pero además de Jesucristo como Sacramento de Dios para los hombres, y de la Iglesia como sacramento de Jesucristo, también descubrimos la existencia de “siete signos sacramentales”, o siete sacramentos para los cristianos.

CRISTO ESTÁ PRESENTE EN SU IGLESIA

Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, tanto en la persona del ministro, ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, como sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que cuando alguien bautiza es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura es él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, pues él mismo prometió: Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. (De la Constitución Sacrosánctum Concilium, sobre la sagrada liturgia, del Concilio Vaticano II). (Cf. CIC 1113 y CIC 1209).

CIC 1114. “Adheridos a la doctrina de las Santas Escrituras, a las tradiciones apostólicas y al sentimiento unánime de los Padres”, profesamos que “los sacramentos de la nueva Ley fueron todos instituidos por nuestro Señor Jesucristo” (DS 1600-1601).

CIC 1115. Las palabras y las acciones de Jesús durante su vida oculta y su ministerio público eran ya salvíficas. Anticipaban la fuerza de su misterio pascual. Anunciaban y preparaban aquello que él daría a la Iglesia cuando todo tuviese su cumplimiento. Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, porque “lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios” (S. León Magno, serm. 74,2).

CIC 1116. Los sacramentos, como “fuerzas que brotan” del Cuerpo de Cristo (cf Lc 5,17; 6,19; 8,46) siempre vivo y vivificante, y como acciones del Espíritu Santo que actúa en su Cuerpo que es la Iglesia, son “las obras maestras de Dios” en la nueva y eterna Alianza.

CIC 1118. Los sacramentos son “de la Iglesia” en el doble sentido de que existen “por ella” y “para ella”. Existen “por la Iglesia” porque ella es el sacramento de la acción de Cristo que actúa en ella gracias a la misión del Espíritu Santo. Y existen “para la Iglesia”, porque ellos son “sacramentos que constituyen la Iglesia” (S. Agustín, civ. 22,17; S. Tomás de Aquino, s.th. 3,64,2 ad 3), manifiestan y comunican a los hombres, sobre todo en la Eucaristía, el misterio de la Comunión del Dios Amor, uno en tres Personas.

Para saber más: Consultar CIC 1113-1209.

LOS SACRAMENTOS DE INICIACIÓN BAPTISMO CONFIRMACION Y EUCHARISTIA

CIC 1212. Mediante los sacramentos de la iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, se ponen los fundamentos de toda vida cristiana. “La participación en la naturaleza divina que los hombres reciben como don mediante la gracia de Cristo, tiene cierta analogía con el origen, el crecimiento y el sustento de la vida natural. En efecto, los fieles renacidos en el Bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el

manjar de la vida eterna, y, así por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, reciben cada vez con más abundancia los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad” (Pablo VI, Const.

apost. “Divinae consortium naturae”; cf OICA, praen. 1-2). Para saber más: Consultar CIC 1212.

El Bautismo

Debido al pecado original, nacemos sin gracia en nuestras almas, por lo cual no tenemos medio alguno para disfrutar de comunión con Dios. Jesús se hizo hombre para traernos a esta unión con su Padre. Él dijo que nadie puede entrar en el reino de Dios a menos que nazca primero “*de agua y de Espíritu*” (Jn 3,5) — esto se refiere al bautismo.

Por medio del bautismo renacemos, pero esta vez a nivel espiritual en vez de físico. Somos lavados en el baño de regeneración (Tt 3,5). Fuimos bautizados en La muerte de Cristo y, por tanto, compartimos en su resurrección (Ro 6,3-7). El bautismo borra nuestro pecado y trae al Espíritu Santo y su gracia a nuestras almas (Hch 2,38; 22,16; 1 P 3,21). Y el apóstol Pedro es tal vez el más franco de todos: “*El bautismo... ahora nos salva*” (1 P 3,21). El bautismo es la puerta hacia la Iglesia. (CIC 1213—1284)

CIC 1213. El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu (“*vitae spiritualis ianua*”) y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión (cf Cc. de Florencia: DS 1314; CIC, can 204,1; 849; CCEO 675,1): “*Baptismus est sacramentum regenerationis per aquam in verbo*” (“El bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra”, Cath. R. 2,2,5).

CIC 1223. Las prefiguraciones de la Antigua Alianza culminan en Cristo Jesús. Comienza su vida pública después de hacerse bautizar por S. Juan el Bautista en el Jordán (cf. Mt 3,13), y, después de su Resurrección, confiere esta misión a sus Apóstoles: “*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado*” (Mt 28,19-20; cf Mc 16,15-16). Para saber más: Consultar CIC 1284.

La Confirmación

De la celebración se deduce que el efecto del sacramento es la efusión especial del Espíritu Santo, como fue concedida en otro tiempo a los Apóstoles el día de Pentecostés.

Por este hecho, la Confirmación confiere crecimiento y profundidad a la gracia bautismal:

.– nos introduce más profundamente en la filiación divina que nos hace decir “*Abbá, Padre*” (Rm 8,15);

.– nos une más firmemente a Cristo;

– aumenta en nosotros los dones del Espíritu Santo;
– hace más perfecto nuestro vínculo con la Iglesia (cf LG 11);
– nos concede una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la fe mediante la palabra y las obras, como verdaderos testigos de Cristo, para confesar valientemente el nombre de Cristo y para no sentir jamás vergüenza de la cruz.

“...cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él.” Hechos 10,38

“...tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios”. Hechos 2,11

“Porque aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque no da el Espíritu con medida.” Juan 3,34

CIC 1286. En el Antiguo Testamento, los profetas anunciaron que el Espíritu del Señor reposaría sobre el Mesías esperado (cf. Is 11,2) para realizar su misión salvífica (cf Lc 4,16-22; Is 61,1). El descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en su Bautismo por Juan fue el signo de que él era el que debía venir, el Mesías, el Hijo de Dios (Mt 3,13-17; Jn 1,33-34). Habiendo sido concedido por obra del Espíritu Santo, toda su vida y toda su misión se realizan en una comunión total con el Espíritu Santo que el Padre le da “sin medida” (Jn 3,34).

CIC 1287. Ahora bien, esta plenitud del Espíritu no debía permanecer únicamente en el Mesías, sino que debía ser comunicada a todo el pueblo mesiánico (cf Ez 36,25-27; Jl 3,1-2). En repetidas ocasiones Cristo prometió esta efusión del Espíritu (cf Lc 12,12; Jn 3,5-8; 7,37-39; 16,7-15; Hch 1,8), promesa que realizó primero el día de Pascua (Jn 20,22) y luego, de manera más manifiesta el día de Pentecostés (cf Hch 2,1-4). Llenos del Espíritu Santo, los Apóstoles comienzan a proclamar “las maravillas de Dios” (Hch 2,11) y Pedro declara que esta efusión del Espíritu es el signo de los tiempos mesiánicos (cf Hch 2, 17-18). Los que creyeron en la predicación apostólica y se hicieron bautizar, recibieron a su vez el don del Espíritu Santo (cf Hch 2,38).

Para saber más: Consultar CIC 1321.

La Eucaristía

Una vez convertidos en miembros de la familia de Cristo, Él no permite que pasemos hambre, sino que nos alimenta con su propio Cuerpo y Sangre por medio de la Eucaristía. En el Antiguo Testamento, mientras se preparaban para emprender viaje por el desierto, Dios ordenó a su pueblo que sacrificara un cordero y se rociara su sangre sobre los topes de sus puertas, para que el Ángel de la Muerte pasara de largo frente a sus casas. Luego comieron el cordero para sellar su alianza con Dios.

Este cordero prefiguró a Jesús. Él es “*el verdadero Cordero de Dios que quita las pecados del mundo*” (Jn 1,29). Por medio de Jesús entramos en una Nueva Alianza con Dios, (Lc 22,20) quien nos protege de la muerte eterna. El pueblo de Dios del Antiguo Testamento comió el cordero de la Pascua. Ahora, nosotros hemos de comer el Cordero

que es la Eucaristía. Jesús dijo: “*Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros*” (Jn 6,53).

En la última Cena, Jesús tomó el pan y el vino y dijo: “*Tomad, esto es mi cuerpo... Esto es mi sangre del pacto, que es derramada en favor de muchos*” (Mc 14,22-24). Así instituyó Jesús el sacramento de la Eucaristía, la comida de sacrificio que los católicos consumen en cada Misa.

La Iglesia Católica enseña que el sacrificio de Cristo en la cruz ocurrió “*una vez y para siempre*”; no puede repetirse (Hb 9,26-28). Cristo no “muere de nuevo” durante la Misa, pero el mismo sacrificio que ocurrió en el Calvario se hace presente en el altar. Es por eso que la Misa no es “otro” sacrificio, sino más bien una participación en el sacrificio mismo de Jesucristo en la cruz, efectuado “*una vez y para siempre.*”

Pablo nos recuerda que el pan y el vino realmente se convierten, por medio de un milagro de la gracia de Dios, en el Cuerpo y la Sangre de Jesús: “*De manera que cualquiera que coma este pan a beba esta copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor*” (I Co 11,27-29). Después de la consagración del pan y del vino, no queda pan o vino alguno sobre el altar. Solo queda Jesús mismo, baja ha apariencia de pan y vino. (CiC 1322-1419)

“*Haced esto en memoria mía*”

CIC 1341. El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y sus palabras “hasta que venga” (1 Co 11,26), no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre.

CIC 1342. Desde el comienzo la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. De la Iglesia de Jerusalén se dice: Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones...Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón (Hch 2,42.46).

CIC 1343. Era sobre todo “el primer día de la semana”, es decir, el domingo, el día de la resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para “partir el pan” (Hch 20,7). Desde entonces hasta nuestros días la celebración de la Eucaristía se ha perpetuado, de suerte que hoy la encontramos por todas partes en la Iglesia, con la misma estructura fundamental. Sigue siendo el centro de la vida de la Iglesia.

CIC 1344. Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús “hasta que venga” (1 Co 11,26), el pueblo de Dios peregrinante “camina por la senda estrecha de la cruz” (AG 1) hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino.

“La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor no sólo como un don entre muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad”; [...] “la Eucaristía es el propio Cristo, una persona, con su naturaleza divina y humana, dada a nosotros”. (Cardenal Mark Quillet y

Cardenal Jozef Tomko)

Para saber más: Consultar CIC 1322-1498.

LOS SACRAMENTOS DE CURACIÓN RECONCILIACIÓN Y UNCIÓN

CIC 1420. Por los sacramentos de la iniciación cristiana, el hombre recibe la vida nueva de Cristo. Ahora bien, esta vida la llevamos en “vasos de barro” (2 Co 4,7). Actualmente está todavía “escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3). Nos hallamos aún en “nuestra morada terrena” (2 Co 5,1), sometida al sufrimiento, a la enfermedad y a la muerte. Esta vida nueva de hijo de Dios puede ser debilitada e incluso perdida por el pecado.

CIC 1421. El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud del cuerpo (cf Mc 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, con la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Esta es la finalidad de los dos sacramentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos.

Reconciliación

Durante Su vida pública, Jesús no sólo perdonó los pecados, sino que también manifestó el efecto de este perdón: a los pecadores que son perdonados los vuelve a integrar en la comunidad del pueblo de Dios, de donde el pecado los había alejado o incluso excluido. Un signo manifiesto de ello es el hecho de que Jesús admite a los pecadores a su mesa, más aún, él mismo se sienta a su mesa, gesto que expresa de manera conmovedora, a la vez, el perdón de Dios (cf Lc 15) y el retorno al seno del pueblo de Dios.

Al hacer partícipes a los apóstoles de Su propio poder de perdonar los pecados, el Señor les da también la autoridad de reconciliar a los pecadores con la Iglesia. Esta dimensión eclesial de su tarea se expresa particularmente en las palabras solemnes de Cristo a Simón Pedro: “*A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos*” (Mt 16,19). “Está claro que también el Colegio de los Apóstoles, unido a su Cabeza (cf Mt 18,18; 28,16-20), recibió la función de atar y desatar dada a Pedro” (cf Mt 16,19).

Los efectos espirituales del sacramento de la Penitencia son:

- .– la reconciliación con Dios por la que el penitente recupera la gracia;
- .– la reconciliación con la Iglesia;
- .– la remisión de la pena eterna contraída por los pecados mortales;
- .– la remisión, al menos en parte, de las penas temporales, consecuencia del pecado;
- .– la paz y la serenidad de la conciencia, y el consuelo espiritual;

— el acrecentamiento de las fuerzas espirituales para el combate cristiano. La Sagrada Escritura nos dice acerca del Sacramento de la Reconciliación:

“Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados. La oración ferviente del justo tiene mucho poder.” Santiago 5,16 (Jerusalén)

“Confiésense unos a otros sus pecados y pidan unos a otros para que queden sanos. La súplica del justo tiene mucho poder con tal que sea perseverante.” (Latinoamérica)

«Jesús les dijo otra vez: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió también yo os envío.” Dicho esto, sopló y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.”» Juan 20,21-23

Unción de los Enfermos

La gracia especial del sacramento de la Unción de los enfermos tiene como efectos:

- .— la unión del enfermo a la Pasión de Cristo, para su bien y el de toda la Iglesia;
- .— el consuelo, la paz y el ánimo para soportar cristianamente los sufrimientos de la enfermedad o de la vejez;
- .— el perdón de los pecados si el enfermo no ha podido obtenerlo por el sacramento de la penitencia;
- .— el restablecimiento de la salud corporal, si conviene a la salud espiritual;
- .— la preparación para el paso a la vida eterna. Las palabras que dice el sacerdote dan el sentido preciso de este sacramento que tiene efectos importantes en la vida espiritual del enfermo: “Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad”.

Feliz el enfermo que recibe la luz del Evangelio y el Consuelo de la bienaventuranza *“felices los que lloran”* (Mt. 5,5). **CIC 1511.** La Iglesia cree y confiesa que, entre los siete sacramentos, existe un sacramento especialmente destinado a reconfortar a los atribulados por la enfermedad: la Unción de los enfermos:

Esta unción santa de los enfermos fue instituida por Cristo nuestro Señor como un sacramento del Nuevo Testamento, verdadero y propiamente dicho, insinuado por Mc (cf. Mc 6,13), y recomendado a los fieles y promulgado por Santiago, apóstol y hermano del Señor [cf. St 5,14-15] (Cc. de Trento: DS 1695). **CIC 1512.** En la tradición litúrgica, tanto en Oriente como en Occidente, se poseen desde la antigüedad testimonios de unciones de enfermos practicadas con aceite bendito. En el transcurso de los siglos, la Unción de los enfermos fue conferida, cada vez más exclusivamente, a los que estaban a punto de morir. A causa de esto, había recibido el nombre de “Extremaunción”. A pesar de esta evolución, la liturgia nunca dejó de orar al Señor a fin de que el enfermo pudiera recobrar su salud si así convenía a su salvación (cf. DS 1696).

LOS SACRAMENTOS AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD

Orden y Matrimonio

CIC 1533. El Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía son los sacramentos de la iniciación cristiana. Fundamentan la vocación común de todos los discípulos de Cristo, que es vocación a la santidad y a la misión de evangelizar el mundo. Confieren las gracias necesarias para vivir según el Espíritu en esta vida de peregrinos en marcha hacia la patria. **CIC 1534.** Otros dos sacramentos, el Orden y el Matrimonio, están ordenados a la salvación de los demás. Contribuyen ciertamente a la propia salvación, pero esto lo hacen mediante el servicio que prestan a los demás. Confieren una misión particular en la Iglesia y sirven a la edificación del Pueblo de Dios. **CIC 1536.** En estos sacramentos, los que fueron ya consagrados por el Bautismo y la Confirmación (LG 10) para el sacerdocio común de todos los fieles, pueden recibir consagraciones particulares. Los que reciben el sacramento del orden son consagrados para “en el nombre de Cristo ser los pastores de la Iglesia con la palabra y con la gracia de Dios” (LG 11). Por su parte, “los cónyuges cristianos, son fortificados y como consagrados para los deberes y dignidad de su estado por este sacramento especial” (GS 48,2).

Las Órdenes Sagradas

Otros han sido llamados a compartir de manera especial en el sacerdocio de Cristo. En la Antigua Alianza, incluso a pesar de que Israel era un reino de sacerdotes (Ex 19,6), el Señor llamó a ciertos hombres a un ministerio sacerdotal especial (Ex 19,22). En la Nueva Alianza, a pesar de que los cristianos son un reino de sacerdotes (1 P 2,9), Jesús llama a ciertos hombres a un ministerio sacerdotal especial (Ro 15,15-16).

Este sacramento se llama órdenes sagradas. Por medio de él, los sacerdotes son ordenados y se les da autoridad de servir a la iglesia (2 Tm 1-7) como pastores, maestros, y padres espirituales que sanan, alimentan, y fortalecen al pueblo de Dios y principalmente a través de la predicación y la administración de los sacramentos.

Lo que dicen las Escrituras:

“Y nadie puede arrogarse tal dignidad, a no ser que sea llamado por Dios, como a Arón. De igual modo, tampoco Cristo se atribuyó el honor de ser sumo sacerdote, sino que lo recibió de quien le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. También dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para la eternidad, a la manera de Melquisedec.”

Hebreos 5,4-6

CIC 1590. S. Pablo dice a su discípulo Timoteo: “Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (2 Tm 1,6), y “si alguno aspira al cargo de obispo, desea una noble función” (1 Tm 3,1). A Tito decía: “El motivo de haberte dejado en Creta, fue para que acabaras de organizar lo que faltaba y establecieras presbíteros en cada ciudad, como yo te ordené” (Tt 1,5).

«Designaron presbíteros en cada iglesia y, después de hacer oración acompañada de ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído.» Hechos 14.23

Para saber más: Consultar CIC 1537-1600.

In persona Christi Capitis...

CIC 1548. En el servicio eclesial del ministro ordenado es Cristo mismo quien está presente a su Iglesia como Cabeza de su cuerpo, Pastor de su rebaño, sumo sacerdote del sacrificio redentor, Maestro de la Verdad. Es lo que la Iglesia expresa al decir que el sacerdote, en virtud del sacramento del Orden, actúa “in persona Christi Capitis” (cf LG 10; 28; SC 33; CD 11; PO 2,6):

El ministro posee en verdad el papel del mismo Sacerdote, Cristo Jesús. Si, ciertamente, aquel es asimilado al Sumo Sacerdote, por la consagración sacerdotal recibida, goza de la facultad de actuar por el poder de Cristo mismo a quien representa (*virtute ac persona ipsius Christi*) (Pío XII, enc. Mediator Dei)

“*Christus est fons totius sacerdotii; nan sacerdos legalis erat figura ipsius, sacerdos autem novae legis in persona ipsius operatur*” (“Cristo es la fuente de todo sacerdocio, pues el sacerdote de la antigua ley era figura de EL, y el sacerdote de la nueva ley actúa en representación suya” (S. Tomás de A., s.th. 3,22,4).

El Matrimonio

La mayoría de la gente ha sido llamada a la vida de matrimonio. Por medio del sacramento del matrimonio Dios concede gracias especiales que ayudan a las parejas casadas en medio de las dificultades cotidianas, en particular para ayudarles a educar a sus hijos como discípulos amantes a Cristo.

El matrimonio está compuesto de tres partes: la novia, el novio, y Dios. Cuando dos cristianos reciben el Sacramento del Matrimonio, Dios está con Ellos, presenciando y bendiciendo su Alianza matrimonial. “El sacerdote (el diácono) que asiste a la celebración del matrimonio, recibe el consentimiento de los esposos en nombre de la Iglesia y da la bendición de la Iglesia. La presencia del ministro de la Iglesia (y también de los testigos) expresa visiblemente que el matrimonio es una realidad eclesial” (CIC 1630).

Un matrimonio sacramental es permanente: sólo la muerte puede romperlo (Mr 10,1-12; Ro 7,2-3; 1 Co 7,10-11). Esta unión sagrada es un símbolo vivo de la relación entre Cristo y la Iglesia (EF 5:21-33). (CIC 1607-1666)

CIC 1605. La Sagrada escritura afirma que el hombre y la mujer fueron creados el uno para el otro: “No es bueno que el hombre esté solo”. La mujer, “carne de su carne”, su igual, la criatura más semejante al hombre mismo, le es dada por Dios como un “auxilio”, representando así a Dios que es nuestro “auxilio” (cf Sal 121,2). “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (cf Gn 2,18-25). Que esto significa una unión indefectible de sus dos vidas, el Señor mismo lo muestra recordando cuál fue “en el principio”, el plan del Creador: “De

manera que ya no son dos sino una sola carne” (Mt 19,6).

CIC 1614. En Su predicación, Jesús enseñó sin ambigüedad el sentido original de la unión del hombre y la mujer, tal como el Creador la quiso al comienzo: la autorización, dada por Moisés, de repudiar a su mujer era una concesión a la dureza del corazón (cf Mt 19,8); la unión matrimonial del hombre y la mujer es indisoluble: Dios mismo la estableció: “lo que Dios unió, que no lo separe el hombre” (Mt 19,6).

Para saber más: Consultar CIC 1602-1666.

VI. MARÍA SANTÍSIMA

MARÍA, MADRE DE DIOS, MADRE DE LA IGLESIA Y MADRE NUESTRA

De la descendencia de Eva, Dios eligió a la Virgen María para ser la Madre de su Hijo. Ella, “llena de gracia”, es “el fruto excelente de la redención”, desde el primer instante de su concepción, fue totalmente preservada de la mancha del pecado original y permaneció pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida.

María es verdaderamente “Madre de Dios” porque es la madre del Hijo eterno de Dios hecho hombre, que es Dios mismo.

María “fue Virgen al concebir a su Hijo, Virgen al parir, Virgen durante el embarazo, Virgen después del parto, Virgen siempre”. Ella, con todo su ser, es “*la esclava del Señor*” (Lc 1, 38).

La Virgen María “colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres”. Ella pronunció su “fiat” “*loco totius humanae naturae*” (“ocupando el lugar de toda la naturaleza humana”), Por su obediencia, Ella se convirtió en la nueva Eva, madre de los vivientes.

Al pronunciar el “fiat” de la Anunciación y al dar su consentimiento al Misterio de la Encarnación, María colabora ya en toda la obra que debe llevar a cabo su Hijo. Ella es madre allí donde Él es Salvador y Cabeza del Cuerpo místico.

La Santísima Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo, en donde ella participa ya en la gloria de la resurrección de su Hijo, anticipando la resurrección de todos los miembros de su Cuerpo.

“Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo”.

«*Jesús viendo a su madre y junto a Ella al discípulo a quien amaba dice a su Madre: “Mujer, ahí tienes a tu Hijo.” luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre.” Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.*» Juan 19,26

CIC 964. El papel de María con relación a la Iglesia es inseparable de su unión con Cristo, deriva directamente de ella. “Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte” (LG 57). Se manifiesta particularmente en la hora de su pasión:

La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz. Allí, por voluntad de Dios, estuvo de pie, sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima. Finalmente, Jesucristo, agonizando en la cruz, la dio como madre al discípulo con estas palabras: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’ (Jn 19,26-27)” (LG 58).

CIC 965. Después de la Ascensión de su Hijo, María “estuvo presente en los comienzos de la Iglesia con sus oraciones” (LG 69). Reunida con los apóstoles y algunas mujeres, “María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra” (LG 59).

CIC 967. Por su total adhesión a la voluntad del Padre, a la obra redentora de su Hijo, a toda moción del Espíritu Santo, la Virgen María es para la Iglesia el modelo de la fe y de la caridad. Por eso es “miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia” (LG 53), incluso constituye “la figura” [“typus”] de la Iglesia (LG 63).

Para saber más: Consultar CIC 964-975.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA VERDADERA DEVOCION A MARIA

Aunque a lo largo de la historia de la Iglesia se han escrito muchos libros sobre la devoción a María, creo que uno de los libros más hermosos es la obra de San Luis Maria Grignion de Monfort, titulada, “Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen”, escrito hacia el año 1713, pero que permaneció oculto y descubierto -como el propio Santo había profetizado- Fue descubierto en 1842 en un cofre de libros viejos por un padre de la compañía de María fundada por Grignion de María y se publicó por primera vez en 1843.

Este libro es como una suma de teología mariana, en la que el Santo nos hace comprender que es la verdadera devoción a la Virgen.

En este libro, Grignion de Monfort establece los siguientes principios.

1. Jesucristo ha de ser el fin último de la verdadera devoción a María.

María no es el fin de la vida cristiana. Es Cristo identificarnos con Cristo. Por eso decimos “A Jesús por María”.

María es un medio para llegar a Cristo, que es nuestro fin, a quien tiende nuestro corazón, nuestra alma, nuestras intenciones.

Dice el Santo “Jesucristo es nuestro único Maestro, que ha de enseñarnos; nuestro único Señor, de quien debemos depender; nuestra única cabeza, a quien debemos estar unidos; nuestro único modelo, al que debemos conformar; nuestro único médico, que ha de curarnos; nuestro único Pastor, que nos ha de alimentar; nuestro único camino, que ha de conducirnos; nuestra única verdad, que debemos creer; nuestra única vida, que nos ha de vivificar; y nuestro único todo, que en todas las cosas nos debe bastar. Debajo del

cielo, ningún otro nombre se nos ha dado para que por él seamos salvos, más que el nombre de Jesús. Dios no nos ha dado otro fundamento para nuestra salvación, para nuestra perfección y para nuestra gloria más que a Jesucristo. Todo edificio que no descansa sobre esta piedra firme está fundada sobre arena movediza y caerá infaliblemente, tarde o temprano. Todo fiel que no está unido a Él como un sarmiento lo está a la cepa de la vid, caerá se secará y sólo servirá para ser echado al fuego. Fuera de Jesucristo, sólo hay extraño, mentira, iniquidad, inutilidad, muerte y condenación... Por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo podemos todas las cosas... Si establecemos la sólida devoción a la Santísima Virgen, es sólo para establecer más perfectamente la de Jesucristo y para ofrecer un medio fácil y seguro de hallarlo. Si la devoción a la Santísima Virgen alejase de Jesucristo, sería necesario rechazarla como una ilusión del diablo. Pero no es así. Si esta devoción nos es necesaria es porque sólo por ella podemos hallar perfectamente a Jesucristo, para amarle con ternura y para servirle con fidelidad”

Por tanto, la devoción a María no es obstáculo para la devoción a Cristo, como decían los jansenistas de Grignon. El mismo Vaticano II salió a defender la devoción a María con estas palabras: “La devoción a María, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta” (LG 60)

2. ¿Cuáles son las principales características de una auténtica y verdadera devoción a María?

Ya hemos hablado anteriormente que debemos a María:

- .- Singular veneración, por ser la madre de Dios.
- .- Amor intensivo, por ser nuestra madre.
- .- Profunda gratitud, por ser corredentora.
- .- Confiada invocación por ser dispensadora universal de todas las gracias.
- .- Imitación perfecta, por ser modelo sublime de todas las virtudes. Ahora veamos cómo debe ser esta devoción, según Grignon de Monfort.

.I. Interior: es decir, nace del espíritu y corazón, y no de los sentimientos y hecha de cosas externas. Proviene pues de la estima que debemos a María.

II. Tierna: llena de confianza, como la del niño en su cariñosa madre. Acudir a María siempre, en todos los lugares, en las dudas, para ser en ellas esclarecidas: en los extravíos, para volver al buen camino; en las tentaciones, para que María nos sostenga; en las debilidades, para que nos fortifique; en los desalientos, para que nos infunda ánimo; en los escrúpulos, para que nos libre de ellos; en las cruces y contratiempos, para que nos consuele.

III: Santa: hace que el alma evite el pecado e imite las virtudes de la Virgen sobre todo esas 10 virtudes principales:

1. Su humildad.
2. Su fe viva.
3. Su obediencia plena.
4. Su oración continua.
5. Su mortificación total.

6. 6. Su pureza perfecta.
7. 7. Su caridad ardiente.
8. 8. Su paciencia heroica.
9. 9. Su dulzura angelical.
10. 10. Su sabiduría divina.

.IV. Devoción constante: es decir, no abandonar fácilmente sus prácticas de devoción. Constante significa en los buenos y en las malas. Se levanta, si cae. Sigue a pesar de que no experimente el gusto sensible.

.V. Devoción desinteresada: no rezo a la Virgen por lucro o interés, no por mi bien, sino únicamente porque Ella merece ser servida, Dios solo es Ella. Si amo a María no es por los favores que María me concede o por lo que puede darme.

Falsas devociones:

- Prácticas exteriores, sin amor.
- Aprovecharse y ser interesado.
- Ser tenido por buenos.

Conclusión: Amemos a María, imitando sus virtudes. –Padre Antonio Rivero, L.C.

VI. LOS LAICOS Y SU PARTICIPACIÓN EN LA MISIÓN PROFÉTICA DE CRISTO

CIC 904. “Cristo,... realiza su función profética... no sólo a través de la jerarquía ... sino también por medio de los laicos. El los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra” (LG 35).

Enseñar a alguien para traerlo a la fe es tarea de todo predicador e incluso de todo creyente (Sto. Tomás de A., STh III, 71.4 ad 3). **CIC**

899. La iniciativa de los cristianos laicos es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir

o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristiana impregnen las realidades sociales, políticas y económicas. Esta iniciativa es un elemento normal de la vida de la Iglesia:

Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia (Pío XII, discurso 20 Febrero 1946; citado por Juan Pablo II, CL 9).

Además de nuestra participación en los diversos ministerios de la Iglesia como son la catequesis, la evangelización y las obras de misericordia, los laicos tenemos una tarea

ineludible y es la de orar por nuestra Iglesia y, de manera particular por nuestros sacerdotes.

Para saber más: Consultar CIC-897-913.

Todos debemos ser almas sacerdotales y orar por ellos. Un alma sacerdotal debe ser profundamente amante del sagrario. Toda ella debe estar marcada por la adoración, por el silencio reverente y adorante al amor de Jesús oculto y silencioso en el sagrario. El alma sacerdotal es el alma del SI pleno y profundo a todos los mínimos detalles de Jesús. El alma del “Fiat” amoroso, imitando constantemente a María en su fiat a Dios.

La Iglesia necesita vocaciones a la vida sacerdotal. En el mundo hacen faltan sacerdotes, porque muchas parroquias no tienen sacerdotes, y hay parroquias de hasta 50.000 habitantes, que sólo tienen un sacerdote anciano. De ahí que todos los católicos debemos orar a Dios por esta intención y pedirle que elija a algún miembro de nuestras familias para este gran ministerio. En todas las parroquias se debe orar diariamente por las vocaciones religiosas y sacerdotales y se debe promover la Adoración al Santísimo Sacramento del Altar cuando menos una vez por semana.

Hemos de participar en la Adoración Eucarística, lugar privilegiado para interceder por nuestros sacerdotes y para pedirle a Jesús que envíe más obreros a su mies. Aun más, debemos atender con diligencia la invitación que nos extiende nuestra Madre la Iglesia no sólo a la Adoración Eucarística por la Santificación de los Sacerdotes, sino ejercer la ‘Maternidad Espiritual’ en su favor:

CONGREGATIO PRO CLERICIS

ADORACIÓN EUCARÍSTICA PARA LA SANTIFICACIÓN DE LOS SACERDOTES y MATERNIDAD ESPIRITUAL

Carta que la Congregación envía con el objetivo de promover la adoración eucarística para la santificación de los sacerdotes y la maternidad espiritual:

EXCELENCIA REVERENDÍSIMA:

Son realmente muchas las cosas por hacer para el verdadero bien del Clero y para la fecundidad del ministerio pastoral en las actuales circunstancias, pero justamente por esto, aún con el firme propósito de afrontar tales desafíos sin eludir dificultades y fatigas, con la conciencia que el actuar es consecuencia del ser y que el alma de cada apostolado es la intimidad divina, se quiere partir de un movimiento espiritual que, haciendo tomar cada vez más conciencia del vínculo ontológico entre Eucaristía y Sacerdocio y de la especial maternidad de María hacia todos los Sacerdotes, haga nacer una cadena de adoración perpetua, para la santificación de los clérigos como un inicio de compromiso de las almas femeninas consagradas para que, sobre la tipología de la Santísima Virgen María, Madre del Sumo y Eterno Sacerdote y Socia de su obra de Redención, quieran adoptar espiritualmente a sacerdotes para ayudarlos con la ofrenda de sí, con la oración y la penitencia. En la adoración se incluye el acto de reparación por los propias faltas y, en las actuales circunstancias, se sugiere incluir una intención particular en tal sentido.

Según el dato constante de la Tradición, el misterio y la realidad de la Iglesia no se reducen a la estructura jerárquica, a la liturgia, a los sacramentos y a los ordenamientos jurídicos. En efecto, la naturaleza íntima de la Iglesia y el origen primario de su eficacia santificadora, hay que buscarlos en la mística unión con Cristo. Según la doctrina y la propia estructura de la constitución dogmática *Lumen Gentium*, tal unión no puede imaginarse separada de la Madre del Verbo Encarnado y que Jesús ha querido unida íntimamente a Sí para la salvación de todo el género humano. Entonces no es casual que el mismo día que fue promulgada la constitución dogmática sobre la Iglesia - el 21 de noviembre de 1964 -, Pablo VI proclamó a María “Madre de la Iglesia”, es decir, madre de todos los fieles y de todos los pastores. Y el Concilio Vaticano II - refiriéndose a la Santísima Virgen - así se expresa: “...Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras Él moría en la Cruz, cooperó en la obra del Salvador en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia” (LG n. 61).

Sin añadir o quitar nada a la única mediación de Cristo, la siempre Virgen es reconocida e invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Medianera; Ella es el modelo del amor materno, que tiene que animar a quienes cooperan, a través de la misión apostólica de la Iglesia, en la regeneración de toda la humanidad (Cf. LG n. 65).

A la luz de estas enseñanzas que forman parte de la eclesiología del Concilio Vaticano II, los fieles, dirigiendo la mirada a María - ejemplo fúlgido de cada virtud -, están llamados a imitar a la primera discípula, la Madre, a quien en Juan - a los pies de la cruz (Cf. Jn 19, 25-27) – fue confiado cada discípulo, así, convirtiéndose en sus hijos, aprenden de Ella el verdadero sentido de la vida en Cristo.

De tal modo - y justamente a partir del lugar ocupado y del rol desarrollado por la Santísima Virgen en la historia de la salvación - se entiende, de modo todo particular, confiarle a María, la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, todos los Sacerdotes, suscitando en la Iglesia *un movimiento de oración, que ponga al centro la adoración eucarística continuada durante las veinticuatro horas, de modo tal, que de cada rincón de la tierra, siempre se eleve a Dios, incesantemente, una oración de adoración, agradecimiento, alabanza, petición y reparación, con el objetivo principal de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal y, al mismo tiempo, acompañar espiritualmente - a nivel del Cuerpo Místico – con una especie de maternidad espiritual, a quienes ya han sido llamados al sacerdocio ministerial y están ontológicamente conformados al único Sumo y Eterno Sacerdote, para que sirvan siempre mejor a Él y a los hermanos como a quienes que, al mismo tiempo, están “en”*

la Iglesia pero también, “al frente de” la Iglesia, teniendo las funciones de Cristo y representándolo como cabeza, pastor y esposo de la Iglesia (Cf. PdV n. 16).

Por tanto, se ruega a todos los Ordinarios diocesanos que, de modo particular, advierten la especificidad y la insustituibilidad del ministerio ordenado en la vida de la Iglesia, junto a la urgencia de una acción común en favor del sacerdocio ministerial, que sean parte activa y promuevan - en los diferentes sectores del pueblo de Dios confiados a ellos – verdaderos cenáculos en los cuales clérigos, religiosos y laicos se dediquen, unidos entre ellos y con espíritu de verdadera comunión, a la oración bajo forma de adoración eucarística continuada, también en espíritu de genuina y real reparación y purificación. Se incluye a tal fin un opúsculo con la finalidad de comprender mejor la índole de tal iniciativa, para poder adherirse con espíritu de fe al proyecto presentado.

¡Que María, Madre del Único, Eterno y Sumo Sacerdote, bendiga esta iniciativa e interceda delante de Dios, pidiendo una auténtica renovación de la vida sacerdotal partiendo del único modelo posible: Jesucristo, Buen Pastor!

En el Vínculo de la comunión eclesial con sentimientos de intenso afecto colegial, cordialmente

Cláudio Card. Hummes
Prefecto Mauro Piacenza Secretario

Ciudad del Vaticano, 8 de diciembre de 2007 Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María

ROSARIO DE INTERCESIÓN POR LOS SACERDOTES Y POR LAS VOCACIONES A LA VIDA SACERDOTAL Y CONSAGRADA

Del Padre Gustavo E. Jamut, OMV 23 de Septiembre, 2009 Fiesta de San Pío de Pietrelcina

1º Misterio

En este Misterio oramos por todos los
Obispos de nuestra Iglesia
Católica “Estos son tus padres y
verdaderos pastores, que te
fundaron para que te insertaras
en el reino celestial.” San León
Magno (*Sermo I in Nat. App
Petri et Pauli*, c I: PL 54, 422).

Del Documento sobre los Obispos “*Pastores Gregis*” de Juan Pablo II:

“Los Pastores de la grey son conscientes de que, en el cumplimiento de su ministerio de Obispos, cuentan con una gracia divina especial. En el Pontifical Romano, durante la solemne oración de ordenación, el Obispo ordenante principal, después de invocar la efusión del Espíritu que gobierna y guía, repite las palabras del antiguo texto de la Tradición Apostólica: «Padre Santo, tú que conoces los corazones, concede a este servidor tuyo, a quien elegiste para el episcopado, que sea un buen pastor de tu santa grey». Sigue cumpliéndose así la voluntad del Señor Jesús, el Pastor eterno, que envió a los Apóstoles como Él fue enviado por el Padre (cf. Jn 20, 21), y ha querido que sus sucesores, es decir los Obispos, fueran los pastores de su Iglesia hasta el fin de los siglos.” Padre Nuestro...

Líder:(Meditación antes de cada Avemaría)

1. Te pedimos Señor, que bendigas a los Arzobispos y Obispos Diocesanos.

Todos: (Respuesta después de cada meditación)

Jesús, Buen Pastor, Bendícelos.

Dios te salve María...

1. 2. Te pedimos Señor, que bendigas a los Cardenales.
2. 3. Te pedimos Señor, que bendigas a los Obispos Coadjutores.
3. 4. Te pedimos Señor, que bendigas a los Obispos Auxiliares.
4. 5. Te pedimos Señor, que bendigas a los Obispos eméritos.
5. 6. Te pedimos Señor, que purifiques el alma de los Obispos que ya han partido de esta vida, para que puedan entrar en el Reino de los cielos.
7. Te pedimos Señor, que bendigas a los Obispos con los dones de Sabiduría y discernimiento, y con la docilidad a tu Santo Espíritu.
1. 8. Te pedimos Señor, que bendigas a los Obispos con el don de la Misericordia.
2. 9. Te pedimos Señor, que bendigas a los Obispos con el don de la Fortaleza.
3. 10. Te pedimos Señor, que bendigas a los Obispos con el don de la alegría.

Después de cada Misterio:

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...

Oración:

“Jesús, Buen Pastor: en tus manos ponemos a todos tus Pastores, para que llenos de tu Espíritu Santo, sepan interpretar los signos de los tiempos actuales y guíen al rebaño, a ellos encomendado, hacía pastos verdes y aguas de vida. Amén.”

Jaculatoria:

– “Danos Señor, santos sacerdotes, santos religiosos, laicos santos que trabajen por tu Iglesia. Amén”

Oración de protección:

.– Jesús, Divino Señor, por Tu dolorosa Pasión, cubre con Tu Preciosísima Sangre, a todos los Obispos, sacerdotes y consagrados.

.– Ten piedad de ellos y líbralos de todo mal, ahora y siempre.

.– El Inmaculado Corazón de la Dulce Virgen María, reprenda con su fuerza Santísima a todo enemigo de Dios y de su Iglesia. Amén.”

2º Misterio

En este Misterio oramos por todos los sacerdotes y diáconos “Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”. –San Juan María Vianney

De la Carta de Benedicto XVI a los presbíteros del mundo:

“El Sacerdocio es el amor del corazón de Jesús”, repetía con frecuencia el Santo Cura de Ars. Esta conmovedora expresión nos da pie para reconocer con devoción y admiración el inmenso don que suponen los sacerdotes, no sólo para la Iglesia, sino también para la humanidad misma. Tengo presente a todos los presbíteros que con humildad repiten cada día las palabras y los gestos de Cristo a los fieles cristianos y al mundo entero, identificándose con sus pensamientos, deseos y sentimientos, así como con su estilo de vida. ¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, su servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprendiones, perseveran en su vocación de “amigos de Cristo”, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él?”

Padre Nuestro...

1. Te pedimos Señor, que bendigas a los párrocos. Jesús, Buen Pastor, Bendícelos.

Dios te salve María...

1. 2. Te pedimos Señor, que bendigas a los vicarios parroquiales.
2. 3. Te pedimos Señor, que bendigas a los misioneros.
3. 4. Te pedimos Señor, que bendigas a los Sacerdotes y Diáconos capellanes, en la diversidad de tareas que realizan.
4. 5. Te pedimos Señor, que bendigas a los Sacerdotes y Diáconos, asesores de los diversos movimientos eclesiales.
5. 6. Te pedimos Señor, que purifiques el alma de los Sacerdotes y Diáconos que ya han partido de esta

vida, para que puedan entrar en el Reino de los cielos.

1. 7. Te pedimos Señor, que bendigas a tus Sacerdotes y Diáconos que estén atravesando alguna crisis profunda y que les concedas una renovada fidelidad.
2. 8. Te pedimos Señor, que bendigas a tus Sacerdotes y Diáconos, concediéndoles la docilidad a tu Santo Espíritu, junto con el fervor y la alegría.
3. 9. Te pedimos Señor, que bendigas a tus Sacerdotes y Diáconos que se encuentran sirviendo en zonas de riesgo.
4. 10. Te pedimos Señor, que bendigas a tus Sacerdotes y Diáconos, concediéndoles

la creatividad y la intrepidez espiritual, para ganar la mayor cantidad de corazones para tu Reino.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu

Santo... Oración – Jaculatoria –

Oración de protección...

3º Misterio

En este Misterio oramos por todos los religiosos y consagrados. “No hay dos maneras buenas de servir a Dios. Hay una sola: servir como ÉL quiere ser servido”. Hacer sólo aquello que puede ser ofrecido al buen Dios”. –San Juan María Vianney De la Exhortación apostólica “*Redemptoris donum*” de Juan Pablo II a los religiosos y religiosas nº 3:

“La llamada al camino de los consejos evangélicos nace del encuentro interior con el amor de Cristo, que es amor redentor. Cristo llama precisamente mediante este amor suyo. En la estructura de la vocación, el encuentro con este amor resulta algo específicamente personal. Cuando Cristo “después de haber puesto los ojos en ustedes, les amó”, llamando a cada uno y a cada una de ustedes, queridos Religiosos y Religiosas, aquel amor suyo redentor se dirigió a una determinada persona, tomando al mismo tiempo características esponsales: se hizo amor de elección. Tal amor abarca a toda la persona, espíritu y cuerpo, sea hombre o mujer, en su único e irrepetible “yo” personal. Aquél que, dándose eternamente al Padre, se “da” a sí mismo en el misterio de la Redención, ha llamado al hombre a fin de que éste, a su vez, se entregue enteramente a un particular servicio a la obra de la Redención mediante su pertenencia a una Comunidad fraterna, reconocida y aprobada por la Iglesia.”

Padre Nuestro...

1. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, en obediencia.

Jesús, Buen Pastor, Bendícelos.

Dios te salve María...

2. 2. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, en pobreza.

3. 3. Te pedimos Señor, Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, en castidad.

4. 4. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu, a las monjas y a los monjes de clausura.

5. 5. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, sirviéndote en el campo de la salud.

6. 6. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, en la Evangelización a tiempo completo.
 7. 7. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, en el campo de la educación y en la evangelización de la cultura
 8. 8. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, en la vida fraterna y comunitaria.
 9. 9. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, como almas reparadoras.
10. Te pedimos Señor, que infundas tu Espíritu a quienes se han consagrado a ti, para servirte en los más pobres.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo... Oración – Jaculatoria – Oración de protección...

4º Misterio

En este Misterio oramos por los seminaristas y religiosos en formación “¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña Hostia...!” –*San Juan María Vianney*

De la Carta de Benedicto XVI a los presbíteros del mundo:

El Cura de Ars consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor. Urge también en nuestro tiempo un anuncio y un testimonio similar de la verdad del Amor: “Deus caritas est” (1 Jn 4, 8). Con la Palabra y con los Sacramentos de su Jesús, Juan María Vianney edificaba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente porque no se sentía a la altura, hasta el punto de pensar muchas veces en abandonar las responsabilidades del ministerio parroquial para el que se sentía indigno. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto, porque lo consumía el celo apostólico por la salvación de las almas. Se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa: “La mayor desgracia para nosotros los párrocos -deploraba el Santo- es que el alma se endurezca”; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas.

Padre Nuestro...

1. Te pedimos Señor, que bendigas a los seminaristas de todas las diócesis del mundo.

Jesús, Buen Pastor, Bendícelos.
Dios te salve María...

2. 2. Te pedimos Señor, que bendigas a los aspirantes y postulantes de todas las Órdenes y Congregaciones religiosas.
3. 3. Te pedimos Señor, que bendigas a los novicios y novicias de todas las Órdenes y Congregaciones religiosas.
4. 4. Te pedimos Señor, que bendigas a los profesos y profesas temporales de todas las Órdenes y Congregaciones religiosas.
5. 5. Te pedimos Señor, que les concedas un corazón recto para buscar en todas las cosas y en todo momento tu bendita voluntad.
6. 6. Te pedimos Señor, que sanes sus corazones de todas las heridas recibidas a lo largo de la vida.
7. 7. Te pedimos Señor, que transformes sus corazones, a semejanza de tu Divino Corazón y del Inmaculado Corazón de María.
8. 8. Te pedimos Señor, que bendigas a tus seminaristas y formandos, concediéndoles la docilidad a tu Santo Espíritu, el fervor y la alegría.
9. 9. Te pedimos Señor, que transformes su personalidad, según tu Divina Voluntad.
10. 10. Te pedimos Señor, que les concedas los nuevos comportamientos que necesitan para llegar a ser testigos de la presencia de tu Reino en el mundo.

*Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu
Santo... Oración -Jaculatoria -
Oración de protección:*

5º Misterio

En este Misterio oramos por los jóvenes a quienes Dios quiere llamar a la vida sacerdotal y religiosa

“Entonces dijo a sus discípulos: “La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha.”
(Mateo 9, 37-38) Decreto *Optatum Totius* 2. Del Concilio Vaticano II

El deber de fomentar las vocaciones pertenece a toda la comunidad de los fieles, que debe procurarlo, ante todo, con una vida totalmente cristiana; ayudan a esto, sobre todo, las familias, que, llenas de espíritu de fe, de caridad y de piedad, son como el primer seminario, y las parroquias de cuya vida fecunda participan los mismos adolescentes. Los maestros y todos los que de algún modo se consagran a la educación de los niños y de los jóvenes, y, sobre todo, las asociaciones católicas, procuren cultivar a los adolescentes que se les han confiado, de forma que éstos puedan sentir y seguir con buen ánimo la vocación divina. Muestran todos los sacerdotes un grandísimo celo apostólico por el fomento de las vocaciones y atraigan el ánimo de los jóvenes hacia el sacerdocio con su vida humilde, laboriosa, amable y con la mutua caridad sacerdotal y la unión fraterna en el trabajo.

Padre Nuestro...

1. Te pedimos Señor, que abras los oídos y los corazones de aquellos jóvenes a quienes hoy estás llamando.
Jesús, Buen Pastor, Bendícelos. Dios te salve María...
2. 2. Te pedimos Señor, que ilumines las mentes de los jóvenes a quienes hoy llamas a dejarlo todo para entregarte sus vidas.
3. 3. Te pedimos Señor, que concedas tu fortaleza a quienes quieres hacer felices en la vocación sacerdotal y religiosa.
4. 4. Te pedimos Señor, que a semejanza de la Virgen María, les concedas el don del Sí, a quienes hoy estás llamando a tu seguimiento.
5. 5. Te pedimos Señor, que les concedas a quienes estás llamando, un corazón generoso para entregarte todo aquello que aman y que está impidiendo tomar la decisión de entrar al seminario o a la vida religiosa.
6. 6. Te pedimos Señor, que ningún muchacho sea como el joven rico, que se marchó con su tristeza a cuestras por no darte su sí.
7. 7. Te pedimos Señor, que los formadores y formadoras sean hombres y mujeres según tu Santo Espíritu.
8. 8. Te pedimos Señor, que los jóvenes a quienes estás llamando al sacerdocio o a la vida religiosa sepan discernir correctamente los carismas que les concedes y el seminario o Congregación en el cual tú los quieres.
9. 9. Te pedimos Señor, que los seminarios y casas de formación sean casas de Nazareth, ámbitos sanos y sanadores.
10. 10. Te pedimos Señor, que les concedas a los padres de los jóvenes a quienes llamas, la generosidad para acompañar prudentemente a sus hijos en la decisión que tomen.

*Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo... Oración -Jaculatoria -
Oración de protección: SALVE: Dios te salve Reina y Madre...*

SÚPLICAS A JESÚS SACRAMENTADO EN FAVOR DEL CLERO

A nuestro Santísimo Padre, Envuélvelo en tu gracia, Señor.
A los Cardenales y Delegados,Envíales tu luz, Señor.
A los Sacerdotes Párrocos,Dales acierto, Señor.
A los Vicarios y Colaboradores,Guíalos, Señor.
A los Sacerdotes Misioneros,Protégelos, Señor.
A los Sacerdotes predicadores,Ilumínalos, Señor.
A los Sacerdotes Directores de almas,Instrúyelos, Señor.
A los Sacerdotes Religiosos,Hazlos perfectos, Señor.
A los Sacerdotes de Seminarios,Dales tu ciencia, Señor.
A los Sacerdotes en peligro,Líbralos, Señor.

A los Sacerdotes tentados, Dales el triunfo, Señor.
A los Sacerdotes en pecado, Dales tu gracia, Señor.
A los Sacerdotes celosos, Ayúdales, Señor.
A los Sacerdotes pobres, Socórrelos, Señor.
A los Sacerdotes débiles, Fortalécelos, Señor.
A los Sacerdotes turbados, Dales la paz, Señor.
A los Sacerdotes aislados, Acompáñalos, Señor.
A los Sacerdotes atados a las cosas de la tierra, Rompe sus cadenas, Señor.
A los Sacerdotes enfermos, Sánalos, Señor.
A los Sacerdotes ancianos, Sostenlos, Señor.
A los Sacerdotes difuntos, Dales la gloria, Señor.
De toda la Iglesia militante y purgante, Apiádate, Señor.

Oración:

¡Oh Jesús, Sacerdote eterno! Guarda a tus Sacerdotes bajo la protección de tu Sagrado Corazón, donde nada pueda mancillarlos; guarda inmaculadas sus manos ungidas que tocan cada día tu Sagrado Cuerpo; guarda inmaculados sus labios diariamente teñidos con tu preciosa Sangre; guarda puros y despejados de todo afecto terrenal sus corazones, que Tú has sellado con la sublime marca del sacerdocio. Que tu santo amor los rodee y los preserve del contagio del mundo. Bendice sus tareas apostólicas con abundantes frutos y haz que las almas confiadas a su celo y dirección sean su alegría en la tierra, y su hermosa e inmarcesible corona en el cielo. Amén.

(Recítese ante el Santísimo expuesto o ante el Sagrario para pedir la santificación de los sacerdotes).

ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

1. **1.** Oh Jesús, Pastor eterno de las almas, dignate mirar con ojos de misericordia a esta porción de tu grey amada. ¡Señor, gemimos en la orfandad! ¡Danos vocaciones, danos sacerdotes y religiosos santos! Te lo pedimos por la Inmaculada Virgen María de Guadalupe, Tu dulce y santa Madre; Danos sacerdotes y religiosos santos según Tu Corazón! Amén.
2. **2.** Señor Jesús, Te pedimos que envíes a tu pueblo los servidores que necesita. Escoge de nuestras parroquias, de nuestros hogares, de nuestras escuelas y universidades una abundante cosecha de ardientes apóstoles para tu Reino: sacerdotes, religiosos, diáconos, misioneros y apóstoles seculares; y haz que los llamados por Ti nunca pierdan conciencia de la grandeza y necesidad de su vocación.

¡Oh!, Virgen Maria, de la Caridad Madre de la Iglesia, enseña a decir a todos tus llamados por el Señor, un si con alegría, como el que tú dijiste en la Anunciación. Amén.

OFRECIMIENTO DE LA COMUNIÓN POR LOS SACERDOTES

Padre Celestial, para mayor gloria de Tu Santo Nombre, Te ofrecemos al Verbo Encarnado que acabamos de recibir en Tu Sacramento de Amor y en Quien tienes Tus complacencias. Y nos ofrecemos en unión con Él por manos de María Inmaculada por la santificación y multiplicación de Tus sacerdotes. Derrama en ellos Tu Divino Espíritu, enamóralos de la Cruz y haz muy fecundo su apostolado. ¡Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos!

. * Se necesitan jóvenes con un gran ideal, con ambiciones de infinito, que quieran saciar sus ansias en la inmensidad sin límites de lo espiritual y divino.

. * Se necesitan jóvenes que no se contenten con volar como gallináceas, sin despegarse apenas del suelo, sino que pugnen por alzar su vuelo como los cóndores, hacia las regiones infinitas del cielo.

. * Se necesitan jóvenes que quieran abrazar con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana, evangelizando a los pobres y levantando a los oprimidos

. * Se necesitan jóvenes, discípulos de Cristo, que hagan suyos los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo y que no haya nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.

. * Se necesitan jóvenes que no se dejen impulsar por ambición terrena alguna y que sólo estén en el mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servidos.

. * Se necesitan jóvenes que renuncien a la paternidad biológica, para realizar una fecundación espiritual de muchas almas que les llamarán padres con cariño y veneración.

. * Se necesitan jóvenes que quieran ser verdaderos testigos de Cristo, por la palabra y con las obras, maestros auténticos, pastores de la grey, administradores de la gracia divina, mediadores entre Dios y los hombres, redentores del pueblo, constructores de una Patria grande, libre y feliz.

. * Se necesitan jóvenes, muchos jóvenes, dispuestos, decididos, valientes, porque "la mies es mucha y los operarios son pocos".

—
*Emilio
J.
Simán.*